

ESPECIAL JÓVENES

Parroquia Ntra. Sra. Reina del Cielo – Nº 13 17 de enero de 2016

¿QUÉ ES EL CRISTIANISMO Y QUÉ SIGNIFICA? (13)

EJEMPLARIDAD DE JESÚS(1): Tras la aplicación del método **exegético** (*La exégesis es un concepto que involucra una interpretación crítica y completa de un texto*) a los Evangelios por los investigadores de nuestro tiempo, emerge la potente ejemplaridad de Jesús nimbada de una limpieza, actualidad y universalidad no predecibles, resaltando con mayor realismo que antes los perfiles de una individualidad viviente **rigurosamente única, sin comparación con otras biografías, religiosas o no, de la Historia Universal.**



Dice Auerbach (*Filólogo, romanista y crítico literario alemán, de origen judío*) : «Los evangelios narran la salvación del mundo por medio del nacimiento, muerte y resurrección del mismo Dios, difícil pensar en un acontecimiento más elevado y sublime, pero, por otro lado en los relatos evangélicos escritos en prosa, pululan multitud de personajes de las clases bajas y, sobre todo, destacan por su pronunciado realismo. Los evangelios detallan encuentros concretos y directos con hombres y mujeres a los que se dirige con natural desenvoltura sin acepción de edad, sexo, estatus social, condición moral, nacionalidad o creencias.»

Lo que Él dijo sobre que el sábado está hecho para el hombre y no el hombre para el sábado, regla que describe su entero estilo de vida, indica la autoatribución **de una autoridad y una libertad soberanas para relativizar toda convención humana, leyes, costumbres inmemoriales, instituciones religiosas, doctrinas sagradas, y subordinarla a la necesidad de aliviar el dolor del yo que tiene enfrente.** Censura, a veces hasta con llamativa aspereza, la riqueza y el poder, colaboradores de la opresión social, pero en su trato no excluye a nadie, ni siquiera a los ricos y poderosos cuando se acercan de buena fe. Llama a todos y practica un igualitarismo insólito en su momento, hoy somos más capaces que ayer de apreciar este rasgo, al mismo tiempo que concede especiales privilegios a quienes, por cualquier motivo, resultan víctimas del mundo.

Los pobres, los pecadores, las mujeres, los niños, los enfermos, los endemoniados, los impuros, las prostitutas; los ciegos, los lisiados, los leprosos, los cojos, los tullidos; los cansados y agobiados de este mundo; los excluidos, los miserables, los marginados, los condenados, los indignos, los deshumanizados, los que no cuentan; los extranjeros, ¡hasta los enemigos!; los extraviados de la vida, simbolizados por la oveja o el dracma perdidos; los pequeños, los sencillos, los olvidados, los desamparados, los abandonados, los débiles, los últimos de los últimos: ésta es la lista de sus preferidos, por delante no sólo de los ricos y poderosos **sino también de los santos y los justos.**

Los encuentros de Jesús con esta amplia variedad de desclasados sociales

llenan los evangelios. Su vida itinerante, sin casa ni propiedades, le asemeja en particular a pobres y mendigos; éstos ya cumplen la única condición exigida para integrarse en el reino de Dios porque, **al ser conscientes de su desgracia**, se abren por propia iniciativa a la **buena noticia** que predica quien en el fondo es uno de los suyos. Además, Jesús alivia a los enfermos del mal que les lacera y sus exorcismos liberan a los endemoniados de lo siniestro que se ha apoderado de ellos. Esas sanaciones pretenden no tanto exhibir su poder como hacer visible la misericordia de Dios **pues no cura para que los enfermos tengan fe sino porque ya la tienen.** A todas las víctimas del mundo en general anuncia que la injusticia que padecen, por la que los desprecian, y, lo que es aún peor, por la que se desprecian a sí mismos interiorizando el asco y la vergüenza que inspiran a justos y buenos, **no es en modo alguno querida por Dios ni responde a ningún designio divino.** Al contrario, les habla de un Dios que va a intervenir en el mundo para suprimir sus padecimientos. Más aún, les hace saber que Dios no sólo los acepta sino que los considera sus hijos predilectos. **No dice que sean más virtuosos o que ostenten mayores merecimientos que los demás, sino que Dios está de su lado**, contra toda evidencia, tan cruel con sus vidas miserables.

Se atreve a llamarlos «dichosos» y «bienaventurados», en definitiva hombres con suerte, porque cuando Dios actúe, ellos, los últimos, serán los primeros mientras que los primeros serán los últimos. Asegura a los pobres que el reino de Dios es ya de ellos y a los hambrientos y a los que lloran les promete que serán saciados y que tendrán motivos para reír (Lc 6,20-21). Un adelanto de esa inversión de las posiciones actuales la ofrece la parábola del rico Epulón (Lc 16,19-31), quien vestía de púrpura y lino y todos los días celebraba espléndidos banquetes, mientras en el suelo Lázaro, tan pobre que hasta los perros venían a lamer sus úlceras, se alimentaba de las migajas que caían de lo alto de la mesa; al final de la parábola la inversión se ha consumado y los lugares se han intercambiado, **Lázaro arriba con los ángeles y Epulón, abajo, en el abismo.**

De ningún profeta de Israel se dice lo que de Jesús: que lo seguían discípulas como **María de Magdala y Salomé** o que mantenía amistad con otras más como las hermanas **Marta y María**, así como con su hermano Lázaro, cura a la **hemorroísa** o **a la pagana siro-fenicia**, y con su intervención libra **a una pecadora** de una lapidación segura. Los evangelios, redactados por hombres de su tiempo, tienen la honradez de precisar que **sólo las mujeres** le acompañaron al pie de la cruz en tanto que los discípulos varones huyeron y su líder, Pedro, primer jefe de la Iglesia, lo negó tres veces. Nació y creció en una sociedad regida por los estereotipos de dominación sobre la mujer, que Jesús reconocería a cada paso confirmados en su entorno, y pese a ello **nunca pronuncia comentarios despectivos o discriminatorios, no exhorta a la sumisión de la mujer, no modula su mensaje en función del género.** Al contrario, pone a una pobre viuda como ejemplo de conducta y no tiene inconveniente en representar a Dios bajo la figura doméstica de una mujer que barre la casa para recuperar la moneda perdida (Lc 15,8-10). Y lo mismo ha de decirse a propósito de esos otros «últimos» y débiles de la sociedad que, sobre todo entonces, eran los niños, a los que propone como modelo de fe a sus seguidores (Mc 10,14-15).

Texto tomado del libro "Necesario pero imposible" de Javier Gomá Lanzón.